



ESTE ARTÍCULO es el capítulo final del más famoso libro del paladín del nuevo optimismo, titulado *Los ángeles que llevamos dentro: el declive de la violencia y sus implicaciones* (2011). Natural de Montreal (1954) y profesor Johnstone de Psicología en la Universidad de Harvard, ha sido en dos ocasiones finalista del Premio Pulitzer. Para propósitos académicos, se ofrece en versión abreviada a los lectores de la *Revista de Santander*, en la traducción española que hizo Joan Soler Chic para la editorial Paidós de Barcelona, pues sintetiza toda su extensa argumentación en favor de las razones por las cuales debemos tener una perspectiva optimista en nuestros días.

Mi libro surgió de una respuesta a la pregunta “¿Sobre qué eres optimista?”, y espero que las cifras que presenté hayan ayudado a mis lectores a superar la evaluación del estado del mundo que brinda la lúgubre opinión general. De todos modos, tras haber documentado docenas de descensos, aboliciones y ceros, mi sensación no es tanto de optimismo como de gratitud. El optimismo requiere un toque de arrogancia, pues extrapola el pasado a un futuro incierto. Aunque tengo plena confianza en que los sacrificios humanos, la esclavitud de nacimiento, los quebrantamientos en la rueda y las guerras entre democracias no volverán, predecir que perdurarán los actuales niveles de crímenes, guerras civiles o terrorismo es adentrarse en un territorio que los ángeles temen pisar. De lo que podemos estar seguros es de que hasta hoy han disminuido muchas clases de violencia, algo que podemos esforzarnos por comprender. Como científico, soy escéptico respecto a cualquier fuerza mística o destino cósmico que nos eleve. La disminución de la violencia es fruto de circunstancias sociales, culturales

y materiales. Si las circunstancias persisten, la violencia seguirá en un nivel bajo o incluso bajará más; de lo contrario, no.

En este artículo no haré predicciones; tampoco daré consejos a los políticos, los responsables policiales o los pacificadores, pues, dado mi expediente académico, sería una mala práctica. Lo que intentaré hacer es identificar las diversas fuerzas que han hecho descender la violencia. Mi cantera serán los diversos episodios que han aparecido una y otra vez en la historia, y que implican a las facultades mentales analizadas; es decir, buscaré elementos comunes en el proceso de pacificación, el proceso de civilización, la revolución humanitaria, la larga paz, la nueva paz y las revoluciones por los derechos. Cada uno debe representar una vía por la que la depredación, la dominación, la venganza, el sadismo o la ideología han sido superados por el autocontrol, la empatía, la moralidad o la razón.

No cabe esperar que estas fuerzas surjan de una gran teoría unificada. Los descensos que pretendemos explicar se desplegaron a lo largo de escalas de tiempo y daño muy diferentes: el sometimiento de



las incursiones y las contiendas crónicas; la reducción de formas feroces de violencia interpersonal como el hábito de cortar la nariz; la eliminación de prácticas crueles como los sacrificios humanos, las ejecuciones-torturas y la flagelación; la abolición de instituciones como la esclavitud y la servidumbre por deudas; el fin de los duelos y las aficiones sangrientas; la mengua del asesinato político y el despotismo; la reciente disminución de las guerras, los pogromos y los genocidios; la reducción de la violencia contra las mujeres; la despenalización de la homosexualidad; la protección de los niños y los animales. Lo único que tienen en común estas prácticas ya superadas es que infligen daño físico a la víctima, por lo que sólo desde la perspectiva de la víctima — que, como vimos, también es la perspectiva del moralista— podemos siquiera soñar con una teoría definitiva. Desde la perspectiva del científico, los motivos de los perpetradores pueden ser variopintos, como las explicaciones de las fuerzas que presionaron contra estos motivos.

Al mismo tiempo, todos estos acontecimientos apuntan en la misma dirección. Es un buen momento de la historia para ser una víctima potencial. Podemos imaginar un relato histórico en el que diferentes prácticas fueran en distintas direcciones: la esclavitud es abolida, por ejemplo, pero los padres deciden restablecer las palizas brutales a los hijos; o los estados se vuelven cada vez más humanos con sus ciudadanos, pero también más susceptibles de librar guerras entre sí. Esto no ha pasado. La mayoría de las prácticas se han desplazado en la dirección menos violenta; demasiadas para que sea mera casualidad.

Algunos episodios fueron en dirección contraria, desde luego: la destructividad de las guerras europeas hasta la Segunda Guerra Mundial (eclipsando la disminución en cuanto a la frecuencia hasta que ambas cayeron al unísono), el apogeo de los dictadores genocidas en las décadas intermedias del siglo xx, el aumento de la criminalidad

en la década de 1960 y el pasajero incremento de guerras civiles en el mundo en desarrollo tras la descolonización. No obstante, cada uno de estos acontecimientos se ha invertido de forma sistemática, y desde donde nos hallamos en la línea temporal, la mayoría de las tendencias apuntan hacia la paz. Quizá no tengamos derecho a una teoría sobre todo, pero sí necesitamos una teoría que explique por qué tantas cosas están orientadas en la misma dirección.

IMPORTANTES PERO DESIGUALES

Comenzaré señalando unas cuantas fuerzas que, a nuestro juicio, deberían haber sido importantes en los procesos, paces y revoluciones anteriores, pero que, por lo que yo sé, al final no lo fueron. No es que estas fuerzas sean ni mucho menos secundarias, es solo que no han actuado de manera sistemática para reducir la violencia.

Armas y desarme. La violencia ha fascinado a algunos escritores y repugnado a otros, pero ambos grupos tienen una cosa en común: han fijado su atención en las armas. Las historias militares, escritas por y para ellos, están obsesionadas con los arcos, los estribos, la artillería y los tanques. Numerosos movimientos por la no violencia han sido movimientos por el desarme: la demonización de los «mercaderes de la guerra», las manifestaciones antinucleares, las campañas por el control de armamentos. Y luego está la receta contraria, aunque igualmente centrada en los artefactos bélicos, según la cual la invención de armas inconcebiblemente destructivas (dinamita, gas tóxico, bombas nucleares) conseguiría que la guerra fuese a su vez inconcebible.

Como es lógico, la tecnología de las armas ha cambiado el curso de la historia muchas veces determinando ganadores y perdedores, haciendo creíble la disuasión y multiplicando la capacidad destructiva de ciertos antagonistas. Nadie sostendría, por



ejemplo, que la proliferación de armas automáticas en el mundo en desarrollo ha sido buena para la paz. No obstante, es difícil encontrar en la historia alguna correlación entre la capacidad destructiva de las armas y las víctimas humanas de los enfrentamientos mortales. A lo largo de los milenios, las armas, como cualquier tecnología, han sido cada vez mejores, pero los índices de violencia no han aumentado a un ritmo constante, sino que, más bien, han ido subiendo y bajando por una línea decreciente en diente de sierra. Las lanzas y las flechas de los pueblos preestatales conseguían un número proporcional de cadáveres superior a cualquier otro desde entonces, y los soldados con picas y la caballería de la Guerra de los Treinta Años causaron más daños humanos que la artillería y el gas de la Primera Guerra Mundial. Aunque en los siglos XVI y XVII se produjo una revolución militar, fue menos una carrera armamentística que una carrera de ejércitos, en la que los gobiernos reforzaban el tamaño y la eficacia de sus fuerzas armadas. La historia del genocidio muestra que las personas pueden ser masacradas tan eficientemente con armas primitivas como con tecnología industrial.

Tampoco determinados descensos bruscos de la violencia —como los de la larga paz, la nueva paz y la gran disminución del crimen americano— se debieron a que los antagonistas hubieran fundido sus armas. Por lo general, la secuencia histórica ha ido al revés, como en el desmantelamiento de arsenales que formó parte del dividendo de la paz tras el final de la Guerra Fría. En cuanto

a la paz nuclear, hemos visto que las armas nucleares quizá no han tenido mucha importancia en el curso de los acontecimientos mundiales, dada su inutilidad en el combate y la enorme capacidad destructiva de las fuerzas convencionales. Y el popular (aunque estrafalario) argumento de que las armas nucleares serían inevitablemente utilizadas por las grandes potencias para justificar su coste ha resultado ser rotundamente erróneo.

El fracaso del determinismo tecnológico como teoría de la historia de la violencia no debería sorprendernos tanto. La conducta humana está dirigida a un fin, no estimulada por un estímulo, y lo más importante en la incidencia de la violencia es si una persona quiere que otra esté muerta. El tópico de los contrarios al control de armas es literalmente cierto: no son las armas las que

Las armas parecen ser en gran parte endógenas con respecto a la dinámica histórica que desemboca en grandes disminuciones de la violencia. Cuando los individuos son codiciosos o están atemorizados, crean las armas que necesitan; cuando se impone la razón, las armas se oxidan en paz.

matan, sino las personas (lo cual no equivale a suscribir los argumentos a favor o en contra de dicho control). Cualquiera que vaya equipado para cazar, vendimiar, cortar leña o preparar una ensalada cuenta con los medios para destrozarse un motón de carne humana. Como la necesidad es madre de la inventiva, las personas pueden mejorar su tecnología hasta el punto de obligar a sus enemigos a hacer lo mismo. En otras palabras, las armas parecen ser en gran parte endógenas con respecto a la dinámica histórica que desemboca en grandes disminuciones de la violencia. Cuando los individuos son codiciosos o están atemorizados, crean las armas que necesitan; cuando se impone la razón, las armas se oxidan en paz.

Recursos y poder. En mi época de estudiante, en la década de 1970, tuve un profesor que contaba a quien quisiera escucharle la verdad sobre la Guerra de Vietnam: en realidad tuvo que ver con el tungsteno. Él había descubierto que el mar de China Meridional albergaba los mayores yacimientos mundiales de ese metal, utilizado en los filamentos de bombillas y el acero duro. Los debates sobre el comunismo, el nacionalismo y la contención eran sólo cortinas de humo para ocultar la batalla de las superpotencias por el control de este recurso vital.

La teoría del tungsteno sobre la Guerra del Vietnam es un ejemplo de determinismo de recursos, la idea de que las personas lucharán inevitablemente por recursos finitos como la tierra, el agua, los minerales o el territorio estratégico. Según una versión, el conflicto surge de una asignación desigual de recursos, y la paz llegará cuando éstos se distribuyan de forma más equitativa. Otra versión se nutre de teorías “realistas” según las cuales el conflicto por la tierra y los recursos es un rasgo permanente de las relaciones internacionales, y la paz resulta de un equilibrio de poder en el que cada bando sabe que no debe invadir la esfera de influencia del otro.

Aunque los enfrentamientos por recursos son una dinámica vital en la historia, no nos dan mucha información sobre grandes tendencias en la violencia. Los estallidos más destructivos del pasado medio milenio fueron alimentados no por recursos sino por ideologías, como la religión, la revolución, el nacionalismo, el fascismo y el comunismo. Aunque nadie puede probar que cada uno de estos cataclismos estuviera realmente relacionado con el tungsteno o cualquier otro recurso, cualquier esfuerzo por demostrar que es así seguro que va a parecer una teoría conspirativa disparatada. En cuanto al equilibrio de poder, la distancia entre los platillos de la balanza tras el desmoronamiento de la Unión Soviética y la unificación de las dos Alemanias no provocó en el mundo agitaciones descontroladas; en realidad, no tuvo efectos perceptibles en la larga paz entre los países desarrollados, y presagió una nueva paz entre los países en desarrollo. Estas agradables sorpresas tampoco tuvieron su origen en el descubrimiento o redistribución de recursos. De hecho, en el mundo en desarrollo los recursos a menudo acaban siendo más una maldición que una bendición. Pese a poder dividir entre sus ciudadanos un pastel más grande, muchos países ricos en petróleo y minerales se cuentan entre los más violentos del mundo.

La escasa conexión entre el control de recursos y la violencia tampoco debería sorprendernos. Los psicólogos evolutivos nos dicen que, con independencia de lo ricos o pobres que sean los hombres, siempre luchan por mujeres, posición social y dominación. Según los economistas, la riqueza no proviene de la tierra provista de cosas sino de la movilización del ingenio, el esfuerzo y la cooperación para convertir esas cosas en productos utilizables. Cuando las personas dividen el trabajo e intercambian sus frutos, la riqueza puede aumentar y todo el mundo sale ganando. Esto significa que la competición por los recursos no constituye una constante de la naturaleza, sino que es endógena

con respecto a la red de fuerzas sociales que incluye la violencia. Dependiendo de su infraestructura y su mentalidad, los individuos de diferentes épocas y lugares pueden optar por intercambios de suma positiva de productos terminados o por disputas de suma cero sobre materias primas —en realidad, de suma negativa pues al valor del botín habrá que restar los costes de la guerra—. Estados Unidos podría invadir Canadá para apoderarse de su ruta de navegación a los Grandes Lagos o sus valiosos yacimientos de níquel; pero ¿qué sentido tendría, si ya disfruta de estas ventajas gracias al comercio?

Prosperidad. A lo largo de los milenios, el mundo se ha vuelto más próspero y también menos violento. Las sociedades ¿se vuelven más pacíficas a medida que van siendo más ricas? Puede que las penas y frustraciones de la pobreza pongan a las personas de mal humor y les den más motivos por los que pelear, y que la prodigalidad de una sociedad acomodada les dé más razones para valorar su vida y, por extensión, la vida de los demás.

De todos modos, es difícil encontrar correlaciones estrechas entre prosperidad y no violencia, y algunas correlaciones son al revés. Entre los pueblos preestatales, solían ser las tribus sedentarias que vivían en regiones templadas ricas en pescado y caza, como las del noroeste del Pacífico, las que tenían esclavos, castas y una cultura guerrera, mientras que los económicamente modestos san y semai se sitúan en el extremo pacífico de la distribución. Y fueron los gloriosos imperios antiguos los que contaron con esclavos, crucifixiones, gladiadores, conquistas despiadadas y sacrificios humanos.

Las ideas subyacentes a la democracia y otras reformas humanitarias florecieron en el siglo XVIII, pero los aumentos del bienestar material llegaron bastante después. En Occidente, la riqueza comenzó a incrementarse sólo con la revolución industrial del siglo XIX, y la salud y la longevidad despegaron con la revolución en la sanidad pública

a finales del siglo XIX. También parece que ciertas fluctuaciones de prosperidad a escala más pequeña no están sincronizadas con una preocupación por los derechos humanos. Aunque se ha sugerido que los linchamientos en el Sur americano subieron cuando bajaron los precios del algodón, la aplastante tendencia histórica fue un declive exponencial de los linchamientos en la primera mitad del siglo XX, sin desviación alguna en la loca década de 1920 o en la Gran Depresión. Por lo que sabemos, las revoluciones por los derechos que empezaron a finales de la década de 1950 no cogieron ímpetu ni lo perdieron en tándem con las subidas y bajadas de los ciclos económicos. Y éstos no son resultados automáticos de la prosperidad moderna, como podemos comprobar en la tolerancia relativamente alta de la violencia doméstica y los castigos crueles a los niños en algunos países asiáticos ricos.

Los crímenes violentos tampoco siguen de cerca la pista de los indicadores económicos. Los bandazos del índice de homicidios en América en el siglo XX no guardaban prácticamente correlación con medidas de prosperidad: el índice de asesinatos bajó en picado en plena Gran Depresión, se disparó durante el *boom* de 1960 y alcanzó

Es difícil encontrar correlaciones estrechas entre prosperidad y no violencia, y algunas correlaciones son al revés. Entre los pueblos preestatales, solían ser las tribus sedentarias que vivían en regiones templadas ricas en pescado y caza, como las del noroeste del Pacífico, las que tenían esclavos, castas y una cultura guerrera, mientras que los económicamente modestos san y semai se sitúan en el extremo pacífico de la distribución.

nuevos mínimos durante la Gran Recesión que se inició en el año 2007. Esta escasa correlación la podrían haber pronosticado los ficheros policiales, según los cuales los homicidios se explican más por motivos moralistas —como compensaciones por ofensas e infidelidad— que por motivos materiales —como dinero o comida.

En un aspecto de la comparación, la riqueza y la violencia sí presentan una conexión clara: las diferencias entre los países situados en la parte inferior de la escala económica (capítulo 6). Como vimos, la probabilidad de que un país resulte desgarrado por un malestar civil violento empieza a aumentar cuando la renta per cápita cae por debajo de los mil dólares. De todos modos, cuesta establecer con exactitud las causas subyacentes a dicha correlación. El dinero puede comprar muchas cosas, y no está claro cuál de las cosas que un país no puede permitirse es responsable de su violencia. Quizá sean privaciones que afecten a las personas, como la nutrición o la asistencia médica, pero pueden ser también privaciones del país entero, como escuelas, policía y gobiernos decentes. Y como la guerra es desarrollo al revés, no podemos saber en qué medida la pobreza origina la guerra o la guerra origina la pobreza.

Y aunque la pobreza extrema está relacionada con la guerra civil, no parece estarlo con el genocidio. Recordemos que los países pobres sufren más crisis políticas, y que las crisis políticas pueden provocar genocidios, pero cuando un país se halla en una crisis, la pobreza no hace que sea más probable un genocidio. En el otro extremo de la escala de prosperidad, la Alemania de la década de 1930 había dejado atrás lo peor de la Gran Depresión y estaba convirtiéndose en una potencia industrial, y sin embargo fue entonces cuando tramó las atrocidades que acuñaron la palabra *genocidio*.

La enmarañada relación entre riqueza y violencia nos recuerda que no sólo de pan vive el hombre. Somos animales que creemos, que moralizamos, y gran parte de

nuestra violencia procede más de ideologías destructivas que de escasez de riqueza. Para bien o para mal —normalmente para mal—, las personas suelen estar dispuestas a intercambiar comodidad material por lo que consideran pureza espiritual, esplendor comunitario o justicia perfecta.

Religión. A propósito de ideologías, hemos visto que poco bueno se ha sacado de los antiguos dogmas tribales. A lo largo y ancho del mundo la creencia en lo sobrenatural ha autorizado el sacrificio de personas, para apaciguar a dioses sedientos de sangre, y el asesinato de brujas por sus poderes maléficos. Las sagradas escrituras hablan de un dios que se deleita en el genocidio, la violación, la esclavitud y la ejecución de inconformistas, y durante milenios estos escritos se utilizaron para racionalizar la masacre de infieles, la propiedad sobre las mujeres, las palizas a los niños, el dominio sobre los animales y la persecución de herejes y homosexuales. Ciertas reformas humanitarias como la supresión de los castigos crueles, la difusión de novelas inductoras de empatía y la abolición de la esclavitud se encontraron, en su época, con la feroz oposición de las autoridades eclesiásticas y sus apologistas. La elevación de los valores provincianos al reino de lo sagrado es una licencia para desestimar los intereses de otras personas, amén de un imperativo para rechazar la posibilidad de compromiso. Enardeció a los combatientes en las Guerras de Religión europeas, el segundo período más sangriento de la historia occidental moderna, y sigue inflamando los ánimos en Oriente Medio y algunas zonas del mundo islámico actual. La teoría de que la religión es una fuerza de paz, a menudo propagada entre la derecha religiosa y sus aliados actuales, no cuadra con los hechos históricos.

Según los defensores de la religión, las dos ideologías genocidas del siglo xx, el fascismo y el comunismo, eran ateas. Sin embargo, en el primer caso se trata de un



error, y en el segundo de una irrelevancia. El fascismo coexistió tranquilamente con el catolicismo en España, Italia, Portugal y Croacia, y aunque Hitler tenía poco interés en el cristianismo, no era ni mucho menos ateo, y manifestaba que estaba llevando a cabo un plan divino. Diversos historiadores han documentado que buena parte de la élite nazi combinaba el nazismo con el cristianismo alemán en una fe sincrética, inspirándose en sus visiones milenarias y su larga historia de antisemitismo. Muchos clérigos cristianos y sus feligreses se subieron contentos al carro, habiendo hallado una causa común con los nazis en su oposición a la cultura tolerante, secular y cosmopolita de la era de Weimar.

En cuanto al comunismo impío, impío desde luego sí era. De todos modos, el rechazo de una ideología intolerante, antiliberal, no concede automáticamente inmunidad. El marxismo, como ha señalado Daniel Chirot, adoptó la peor idea de la Biblia cristiana, un cataclismo milenario

Poner la otra mejilla, forjar arados con espadas y otros sentimientos moralistas no han reducido la violencia de forma sistemática: solo surten efecto si al adversario le embargan los mismos sentimientos al mismo tiempo.

que dará lugar a una utopía y restablecerá la inocencia anterior a la Caída. Y también rechazaba violentamente el humanismo y el liberalismo de la Ilustración, para los cuales el objetivo fundamental de los sistemas políticos era la autonomía y el florecimiento de los individuos.

Al mismo tiempo, en momentos concretos de la historia, determinados movimientos religiosos han obrado en contra de la violencia. En zonas de anarquía, algunas instituciones religiosas han funcionado a veces como fuerza civilizadora, y como muchas

de ellas afirman tener la franquicia de la moralidad en sus comunidades, acaban creando escenarios para la reflexión y la acción moral. Los cuáqueros convirtieron los argumentos de la Ilustración contra la esclavitud y la guerra en movimientos efectivos en favor de la abolición y el pacifismo, y en el siglo XIX se les sumaron otras confesiones protestantes liberales. Las iglesias protestantes también ayudaron a pacificar las fronteras salvajes del Sur y el Oeste americanos. Las iglesias afroamericanas aportaron infraestructura organizativa y capacidad retórica al movimiento de los derechos civiles; aunque Martin Luther King rechazaba la teología cristiana establecida y se inspiraba en Gandhi, la filosofía occidental laica y diversos teólogos humanistas renegados. Estas iglesias también trabajaron con la policía y organizaciones comunitarias para reducir, en la década de 1990, el índice de criminalidad en las zonas urbanas más deprimidas. En el mundo en desarrollo, Desmond Tutu y otros dirigentes religiosos colaboraron con políticos y organizaciones no gubernamentales en los movimientos de reconciliación que cerraron heridas tras el *Apartheid* y cierto malestar civil.

Así pues, el subtítulo del superventas ateo de Christopher Hitchens, *Cómo la religión lo envenena todo* —título en inglés, *God Is Not Great*; en español, *Dios no es bueno. Alegato contra la religión*—, es una exageración. La religión no desempeña un único papel en la historia de la violencia; de hecho, la religión no ha sido una única fuerza en la historia de nada. El inmenso conjunto de movimientos que llamamos “religiosos” tienen poco en común salvo sus diferencias respecto a las instituciones laicas que son apariciones recientes en la escena humana. Además, las creencias y las prácticas religiosas, pese a sus reivindicaciones de procedencia divina, son inherentes a los asuntos humanos, responden a sus corrientes intelectuales y sociales. Cuando las corrientes se mueven en direcciones ilustradas, las religiones suelen adaptarse a ellas, como se eviden-

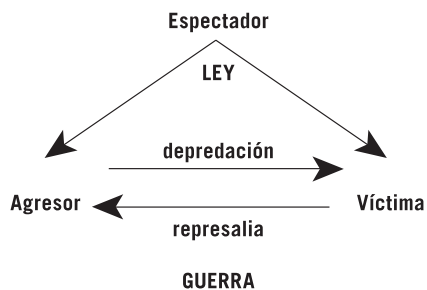
cia sobre todo en la discreta desatención a los pasajes más sangrientos del Antiguo Testamento. No todas las adaptaciones son tan manifiestas como las de la Iglesia mormona, cuyos líderes tuvieron en 1890 la revelación de Jesucristo de que la Iglesia debía abandonar la práctica de la poligamia (por entonces, la poligamia entorpecía la incorporación de Utah a la Unión), y en 1978 otra según la cual debían abrir la puerta del sacerdocio a los negros, anteriormente portadores de la marca de Caín. Pero adaptaciones más sutiles suscitadas por confesiones disidentes, movimientos reformistas, consejos ecuménicos y otras fuerzas liberalizadoras hicieron que otras religiones fueran barridas por la marea humanista. Cuando las fuerzas fundamentalistas se oponen a estas corrientes e imponen restricciones tribales, autoritarias y puritanas es cuando la religión se convierte en una fuerza favorecedora de la violencia.

EL DILEMA DEL PACIFISTA

Ahora pasaré de estas fuerzas históricas que no parecen reducir de forma sistemática la violencia a aquellas que sí parecen conseguirlo. Y trataré de situar estas fuerzas en algo parecido a un marco explicativo para, en vez de ir marcando puntos en una lista, llegar a comprender lo que puedan tener en común. Lo que queremos es entender por qué la violencia ha sido siempre tan tentadora, por qué las personas siempre han anhelado reducirla, por qué ha sido tan difícil reducirla, y por qué ciertos cambios a la larga sí la redujeron. Para ser verdaderas explicaciones, estos cambios han de ser exógenos: no deben ser parte de la misma disminución que estamos intentando explicar, sino episodios independientes que la precedieron y causaron.

Una buena manera de dotar de sentido a la dinámica cambiante de la violencia es recordando el modelo paradigmático de los beneficios de la cooperación (en este caso, abstenerse de la agresión), a saber, el dilema del prisionero. Cambiemos las etique-

tas y llamémoslo “dilema del pacifista”. Una persona o coalición puede sentir la tentación de los beneficios de una victoria en la agresión depredadora (el equivalente de desertar contra un cooperador), y desde luego quiere evitar el golpe a traición, o “pago del bobo”, esto es, ser derrotado por un adversario que actúa en virtud de la misma tentación. Sin embargo, si ambos optan por la agresión, se verán involucrados en una guerra agotadora (deserción mutua), que los dejará peor de lo que habrían estado si se hubieran decidido por las recompensas de la paz (cooperación mutua). La figura siguiente, el triángulo de la violencia, es una representación del dilema del pacifista; las cifras de las ganancias y las pérdidas son arbitrarias, pero captan la estructura trágica del dilema:



El dilema del pacifista no es un modelo matemático, pero seguiré refiriéndome a él para ofrecer un segundo medio de transmitir las ideas que intento explicar con palabras. Los números sintetizan la doble tragedia de la violencia. La primera parte revela que, cuando el mundo tiene estas compensaciones, el pacifismo es irracional. Si nuestro adversario es un pacifista, tenemos la tentación de explotar su vulnerabilidad (los diez puntos de victoria son mejores que los cinco de paz), mientras que, si es un agresor, estamos mejor aguantando el castigo de una guerra (una pérdida de cincuenta puntos) que siendo bobos y dejando que nos explote (una devastadora pérdida de cien puntos). En uno y otro caso, la agresión es la opción más racional.

La segunda parte de la tragedia es que los costes para una víctima son absolutamente desproporcionados con respecto a los beneficios para el agresor. A menos que dos adversarios estén enzarzados en una lucha a muerte, la agresión no es una suma cero sino una suma negativa; en conjunto están mejor si no lo hacen, pese a la ventaja para el vencedor. La ventaja para un conquistador al conseguir un poco más de tierra es neutralizada con creces por la desventaja para la familia que mata al robar, y los pocos momentos de reducción del impulso experimentados por un violador son escandalosamente desproporcionados con respecto al sufrimiento que causa a su víctima. La asimetría es, en última instancia, una consecuencia de la ley de la entropía: una fracción infinitesimal de los estados del universo son lo bastante ordenados para sustentar vida y felicidad, por lo que es más fácil destruir y provocar sufrimiento que cultivar y provocar felicidad. Todo esto significa que incluso el cálculo utilitarista más penetrante, en el que un observador imparcial suma la felicidad y la desdicha totales, considerará que la violencia no es deseable, pues ocasiona más desgracia en las víctimas que felicidad en los perpetradores, y reduce la cantidad global de felicidad en el mundo.

No obstante, si descendemos desde el elevado punto de vista del observador imparcial al terrenal de uno de los protagonistas, vemos por qué es tan difícil eliminar la violencia. Sería una locura para un bando ser el único en optar por el pacifismo, pues pagaría un altísimo coste si el adversario se viera tentado por la agresión. El problema del otro tipo explica por qué el pacifismo, poner la otra mejilla, forjar arados con espadas y otros sentimientos moralistas no han reducido la violencia de forma sistemática: solo surten efecto si al adversario le embargan los mismos sentimientos al mismo tiempo. A mi juicio, también nos ayuda a comprender por qué la violencia ha subido y bajado de manera tan imprevisible en distintos momentos de la historia. Cada parte debe ser lo bastante

agresiva para no ser una presa fácil, y a menudo la mejor defensa es un buen ataque. El resultado es un miedo mutuo al ataque —trampa hobbesiana o dilema de seguridad— que puede aumentar la beligerancia de todos. Aun cuando el juego se desarrolla una y otra vez y la amenaza de represalias puede (en teoría) disuadir a ambos bandos, la ventaja estratégica del exceso de confianza y otras tendencias interesadas pueden conducir a ciclos de enfrentamientos. Por la misma lógica, de vez en cuando un gesto creíble de buena voluntad puede ser correspondido, lo que interrumpe el ciclo y hace bajar la violencia cuando menos se espera.

Y aquí está la clave para identificar un hilo conductor que podría unir los reductores históricos de la violencia. Cada uno debe cambiar la estructura de compensaciones del dilema del pacifista —los números del tablero— de tal modo que los dos bandos se sientan atraídos hacia la casilla superior izquierda, la que les procura las ventajas mutuas de la paz.

En vista de la historia y la psicología que hemos analizado, creo que podemos identificar cinco acontecimientos que han empujado al mundo en una dirección pacífica. Cada uno se pone de manifiesto, en grados variables, en un cierto número de secuencias históricas, conjuntos de datos cuantitativos y estudios experimentales. Y se observa que cada uno cambia de sitio los números del dilema del prisionero de tal manera que la gente se siente atraída a la valiosísima casilla de la paz. Repasémoslos.

EL LEVIATÁN

Un estado que se vale del monopolio de la fuerza para proteger a unos ciudadanos de otros quizá sea el reductor de la violencia más sistemático que nos hemos encontrado en este libro. Su sencilla lógica está representada en el triángulo agresor-víctima-espectador de la figura que ya vimos, y se puede redefinir con arreglo al dilema del prisionero. Si un gobierno impone a un agre-

sor un coste lo bastante elevado para anular sus beneficios —por ejemplo, un castigo que triplica la ventaja de agredir respecto a ser pacífico—, trastoca el atractivo de las dos opciones del agresor potencial, con lo que la paz es más interesante que la guerra.

Además de cambiar la aritmética del actor racional, un Leviatán —o su equivalente femenino *Justitia*, la diosa de la justicia— es un tercero imparcial, cuyas penalizaciones no están mediatizadas por las tendencias interesadas de los participantes, y por tanto no es una diana merecedora de venganza. Un árbitro que controla el juego da a un adversario menos estímulos para propinar un golpe preventivo o autodefensivo, lo que reduce el deseo de mantener una postura agresiva, relaja al adversario, y así sucesivamente, con lo cual se interrumpe el ciclo de beligerancia. Y gracias a los generalizados efectos del autocontrol que han quedado demostrados en los laboratorios de psicología, abstenerse de la agresión puede llegar a ser un hábito, por lo que las partes civilizadas inhibirán su tentación de agredir incluso cuando el Leviatán se haya dado la vuelta.

Los efectos del Leviatán subyacen a los procesos de la pacificación y la civilización. Cuando las bandas, las tribus y los clanes acabaron bajo el control de los primeros estados, la supresión de los ataques y las contiendas redujo los índices de muertes violentas a una cifra cinco veces menor. Y cuando los feudos europeos se fusionaron para formar reinos y estados soberanos, gracias a la consolidación del cumplimiento de la ley, a la larga, el índice de homicidios llegó a ser otras treinta veces inferior. Focos de anarquía ubicados fuera del alcance gubernamental conservaban sus culturas violentas de honor; es el caso de áreas remotas de la Europa periférica y montañosa o las fronteras del Sur y el Oeste americano. Lo mismo vale para los focos de anarquía en el paisaje socioeconómico, como pasa con las clases inferiores privadas de un cumplimiento sistemático de la ley y los proveedores de contrabando que

no pueden valerse de ella. Cuando la imposición del cumplimiento de la ley cede, como en la descolonización inmediata, los estados fallidos, las anocracias, las huelgas policiales o la década de 1960, la violencia regresa con estruendo. La gobernación inepta resulta ser uno de los principales factores de riesgo de guerra civil, y es quizás el principal elemento que distingue el mundo en desarrollo desgarrado por la violencia del más pacífico mundo desarrollado. Y cuando los ciudadanos de un país con un estado de derecho débil son invitados al laboratorio, se permiten castigos crueles y gratuitos a raíz de lo cual acaban todos peor que antes.

Tanto el Leviatán, en la representación encargada por Hobbes, como la *Justitia*, representada en las estatuas de los juzgados, van armados con espadas. Pero a veces bastan la venda y la balanza. Las personas evitan dañar su reputación tanto como su cuerpo o su cuenta corriente, y de vez en cuando el poder blando de terceros influyentes o la amenaza de la vergüenza y el ostracismo acaso tengan el mismo efecto que la policía o los ejércitos que las amenazan con el uso de la fuerza. Este poder blando es decisivo en la esfera internacional, donde el gobierno mundial ha sido siempre una fantasía, pero las valoraciones de terceros, respaldadas de vez en cuando por sanciones o demostraciones de fuerza simbólicas, pueden tener un largo recorrido. El menor riesgo de guerra cuando los países pertenecen a organizaciones internacionales o albergan a fuerzas de paz son dos ejemplos cuantificables de los efectos pacificadores de terceros desarmados o apenas armados.

Cuando el Leviatán sí empuña la espada, el beneficio depende de que aplique la fuerza con criterio, añadiendo castigos sólo a las casillas “agresivas” de su matriz de decisiones de los súbditos. Cuando el Leviatán añade penalizaciones de forma indiscriminada a las cuatro casillas, tratando con crueldad a los súbditos para permanecer en el poder, puede provocar tanto daño como

el que evita. Las ventajas de las democracias sobre las autocracias y las anocracias surgen cuando un gobierno administra poco a poco y con cuidado la suficiente fuerza a las casillas correctas de la matriz de decisiones para llevar la opción pacifista desde un ideal exasperantemente inalcanzable hasta la opción irresistible.

EL DOUX COMMERCE

La idea de que un intercambio de beneficios puede transformar la guerra de suma cero en provecho mutuo de suma positiva fue una de las ideas clave de la Ilustración, reactivada en la biología moderna como explicación de cómo evolucionó la cooperación entre personas no emparentadas. Modifica el dilema del pacifista endulzando el resultado del pacifismo mutuo con las ganancias mutuas del intercambio.

Aunque el *doux commerce* no elimina el desastre de ser derrotado en un ataque, sí elimina el incentivo del adversario para atacar (pues también saca provecho del intercambio pacífico), por lo que descarta esa preocupación. La rentabilidad de la cooperación mutua es, al menos en parte, exógena porque depende de algo más que de la disposición de los agentes al intercambio: depende también de si cada uno se especializa en producir algo que el otro quiere, y de la presencia de una infraestructura que lubrica su intercambio, como el transporte, las finanzas, la documentación registrada y el cumplimiento de los contratos. Y en cuanto los individuos se ven atraídos hacia el intercambio voluntario, tienen el incentivo de asumir cada uno las perspectivas del otro para cerrar el mejor acuerdo (“el cliente siempre tiene la razón”), lo que, a su vez, puede conseguir que tengan en cuenta respetuosamente los intereses recíprocos, bien que no forzosamente el afecto.

En la teoría de Norbert Elias, el Leviatán y el *doux commerce* eran los dos impulsores del proceso de civilización europeo. Iniciado a finales de la Edad Media, los

reinos en expansión no sólo penalizaron el saqueo y nacionalizaron la justicia, sino que respaldaron una infraestructura de intercambio, incluido el dinero y el cumplimiento de los contratos. Esta infraestructura, junto con ciertos avances tecnológicos —como las vías de comunicación y los relojes— y la supresión de tabúes sobre el interés, la innovación y la competencia, hicieron más atractivo el comercio, a raíz del cual los comerciantes, los artesanos y los burócratas desplazaron a los guerreros caballerescos. La teoría se ha visto avalada por datos históricos reveladores de que el comercio comenzó, en efecto, a expandirse a finales de la Edad Media, así como por datos criminológicos según los cuales los índices de muertes violentas cayeron realmente en picada.

En las entidades grandes como las ciudades y los estados, el comercio se vio potenciado por los barcos de navegación oceánica, nuevas instituciones financieras y cierto declive de las políticas mercantilistas. A estos episodios se atribuye en parte la “domesticación”, en el siglo XVIII, de potencias imperiales en guerra como Suecia, Dinamarca, Holanda y España y su conversión en países comerciales causantes de menos problemas. Dos siglos después, la transformación de China y Vietnam, en su paso del comunismo autoritario al capitalismo autoritario, fue acompañada de una disposición a las guerras ideológicas totales menor que en las décadas precedentes, cuando ambos países fueron los lugares más mortíferos de la Tierra. También en otras partes del mundo, el desplazamiento de valores desde el esplendor nacional hacia las ganancias económicas quizás haya cortado las alas a los cascarrabias movimientos revanchistas. Parte del desplazamiento acaso derivase de una menor fuerza de las ideologías, que llegaron a estar en bancarota moral, pero otra parte quizá proviniese de las tentaciones ofrecidas por las recompensas lucrativas de la economía globalizada.

Estos relatos han sido respaldados por estudios cuantitativos. En las décadas

de posguerra de la larga paz y la nueva paz, se disparó el comercio internacional; además, como vimos, los países que comercian entre sí son menos susceptibles de pelearse —manteniendo constante todo lo demás—. Recordemos asimismo que, en los países más abiertos a la economía mundial, es menos probable que se produzcan genocidios y guerras civiles. Empujando en otra dirección, los gobiernos que basan la riqueza del país en desenterrar petróleo, minerales y diamantes en vez de añadirle valor por la vía del intercambio y el comercio tienen más probabilidades de sufrir guerras civiles.

La tesis del *doux commerce* no solo está avalada por números de conjuntos de datos internacionales, sino que concuerda con un fenómeno conocido desde hace tiempo por los antropólogos: que muchas culturas preservan redes activas de intercambio, incluso cuando los bienes intercambiados son regalos inútiles, pues saben que ayuda a mantener la paz. Es uno de los fenómenos del registro etnográfico que indujo a Alan Fiske y sus colaboradores a sugerir que, en una relación de equivalencia entre iguales o de determinación de precios del mercado, los individuos sienten que están vinculados por obligaciones mutuas y son menos susceptibles de deshumanizarse unos a otros que cuando están en una relación nula o asocial.

A diferencia de otras fuerzas pacificadoras que examino aquí, la mentalidad subyacente al *doux commerce* no se ha verificado directamente en ningún laboratorio de psicología. Sí sabemos que, cuando las personas (y también los monos) se unen en un juego de suma positiva que les exige colaborar para alcanzar un objetivo beneficioso para ambos, las tensiones hostiles suelen desvanecerse. También sabemos que, en el mundo real, el intercambio puede ser un lucrativo juego de suma positiva. Pero no sabemos si el intercambio propiamente dicho reduce las tensiones hostiles. Por lo que parece, en la inmensa bibliografía sobre la empatía, la cooperación y la agresividad, na-

die ha comprobado si, en el caso de personas que han consumado un intercambio mutuamente provechoso, es menos probable que se apliquen descargas unas a otras o se echen salsa muy picante en la comida. Me da la impresión de que, entre los investigadores, el *doux commerce* simplemente no es una idea atractiva. Las élites culturales e intelectuales siempre se han sentido superiores a la gente de los negocios, y no se les pasa por la cabeza atribuir a simples comerciantes el mérito de algo tan noble como la paz.

LA FEMINIZACIÓN DE LA SOCIEDAD

Según cómo lo enfoquemos, el difunto Tsutomu Yamaguchi es o bien el hombre más afortunado del mundo, o bien el

más desafortunado. Yamaguchi sobrevivió a la explosión atómica de Hiroshima, pero luego tomó una inoportuna decisión para huir de la devastación: ir a Nagasaki. También superó esa explosión y, tras vivir otros sesenta y cinco años, murió en 2010 a la edad de 93 años. Un hombre que se salvó de los dos únicos ataques nucleares de la historia merece nuestra respetuosa atención. Antes de morir, Yamaguchi brindó una receta para la paz en la era nuclear: “Las únicas personas que deberían poder gobernar países con armas nucleares son las madres, las que aún están dando el pecho a sus bebés”.

Yamaguchi estaba invocando una generalización empírica fundamental sobre la violencia: que los actos violentos los ejecutan sobre todo hombres. Desde peque-



ños, los niños juegan con más violencia que las niñas, fantasean más con la violencia, consumen más entretenimiento violento, cometen la mayor parte de los crímenes violentos, disfrutan más con el castigo y la venganza, corren más riesgos insensatos en ataques agresivos, votan más por políticas y líderes belicistas, y planean y llevan a cabo casi todas las guerras y genocidios. Incluso cuando los sexos se solapan y la diferencia entre sus promedios es pequeña, la diferencia puede decidir una elección apretada, o desencadenar una espiral de beligerancia en la que cada bando debe ser un poco más belicoso que el otro. Desde un punto de vista histórico, las mujeres han liderado los movimientos pacifistas y humanitarios en una medida que no ha guardado proporción con su influencia en otras instituciones políticas de la época en cuestión, y las últimas décadas, en que las mujeres y sus intereses han tenido una influencia sin precedentes en todas las profesiones y condiciones sociales, han sido también las décadas en que las guerras entre países desarrollados han sido cada vez más inimaginables. La descripción que hace James Sheehan de la transformación de la misión del estado europeo de posguerra, desde la destreza militar a la protección y el

cuidado del ciudadano durante toda la vida, es casi una caricatura de los roles de género tradicionales.

La receta de Yamaguchi se puede discutir, por supuesto. George Shultz recuerda que al decirle a Margaret Thatcher que él había apoyado a Ronald Reagan cuando éste sugirió a Gorbachov la eliminación de las armas nucleares, ella le atizó con el bolso. Yamaguchi habría replicado que los hijos de Thatcher ya eran mayores y, en todo caso, sus opiniones estaban en sintonía con un mundo dirigido por hombres. Como falta mucho para que todos los países nucleares estén gobernados por mujeres —no digamos por madres lactantes—, nunca sabremos si el consejo de Yamaguchi es atinado. Pero cuando conjeturaba que un mundo feminizado sería más pacífico, tenía razón.

Es de esperar que ciertos valores propios de las mujeres reduzcan la violencia debido al legado psicológico de la diferencia biológica básica entre los sexos, es decir, que los hombres tienen más de un incentivo para competir por el acceso sexual a las mujeres, mientras ellas tienen más de un incentivo para alejarse de los riesgos que harían que sus hijos fuesen huérfanos. La competición de suma cero, tanto si adopta la forma de las luchas por mujeres en las sociedades tribales y caballerescas como si se expresa como lucha por el honor, la dominación y la gloria en las modernas, es una obsesión más del hombre que de la mujer. Supongamos que, en el dilema del pacifista, una porción de las recompensas de la victoria y los costes de la derrota —digamos, el 80 %— consiste en hinchazones y magulladuras del ego masculino. Y supongamos que las decisiones las toman ahora actores femeninos de modo que esas compensaciones psíquicas en consecuencia se reducen (he omitido las simétricas “opciones del otro” en aras de una mayor claridad). Ahora la paz es más tentadora que la victoria, y la guerra más costosa que la derrota. La opción pacifista gana con facilidad. Lo inverso sería aún más dramático si

Desde un punto de vista histórico, las mujeres han liderado los movimientos pacifistas y humanitarios en una medida que no ha guardado proporción con su influencia en otras instituciones políticas de la época en cuestión, y las últimas décadas, en que las mujeres y sus intereses han tenido una influencia sin precedentes en todas las profesiones y condiciones sociales, han sido también las décadas en que las guerras entre países desarrollados han sido cada vez más inimaginables.

ajustáramos la casilla de la guerra para que reflejase, en cuanto a los conflictos violentos, un coste mayor para las mujeres que para los hombres.

Un cambio desde una mayor influencia masculina a una mayor influencia femenina en la toma de decisiones quizá no sería un cambio complementemente exógeno, desde luego. En una sociedad sobre la que en cualquier momento pueden abatirse invasores codiciosos, los costes de la derrota para ambos sexos pueden ser catastróficos, y cualquier cosa que no sean los valores marciales más fieros y agresivos podría ser un suicidio. Un sistema de valores inclinado a lo femenino tal vez sea un lujo disfrutado por una sociedad que ya está a salvo de invasiones depredadoras. De todos modos, una inclinación relativa del poder hacia los intereses de las mujeres también puede deberse a fuerzas exógenas que no tengan nada que ver con la violencia. En las sociedades tradicionales, las mujeres están mejor en las sociedades donde permanecen con su familia de nacimiento, bajo la protección de sus padres y hermanos, y sus esposos las visitan, que en las sociedades donde se van a vivir con el clan del esposo y son dominadas por éste y sus parientes. En las sociedades modernas, las fuerzas exógenas incluyen avances tecnológicos y económicos que liberan a las mujeres de quehaceres domésticos y de la cría de los hijos, como la compra de comida preparada, los electrodomésticos, la anticoncepción, una vida más larga y el paso a una economía de la información.

Las sociedades, tanto tradicionales como modernas, donde las mujeres gozan de mejores condiciones suelen ser sociedades con menos violencia organizada. Esto es evidente en los clanes y las tribus que van a la guerra literalmente a raptar mujeres y a vengar raptos pasados, como pasa con los yanomami o como sucedía con los griegos homéricos. Pero también podemos observarlo en ciertos países contemporáneos, en el contraste entre niveles bajos de violencia

judicial y política de las democracias über-feministas de Europa occidental y niveles altos en diversos países islámicos de África y Asia donde subsiste la mutilación genital femenina, la lapidación de adúlteras y la sharia que impone el burka.

La feminización no equivale literalmente a que las mujeres tengan más poder en las decisiones sobre si ir o no ir a la guerra. También puede significar que una sociedad se aleje de una cultura de honor viril, con su aprobación de las represalias violentas por ofensas, el endurecimiento de los niños mediante el castigo físico y la veneración de la gloria marcial. Esta ha sido la tendencia en las democracias de Europa y el mundo desarrollado y los estados más azules de Estados Unidos. Varios eruditos conservadores me han sugerido, compungidos, que el Occidente moderno está en decadencia debido a la pérdida de virtudes como el coraje y la valentía, y a la influencia del materialismo, la frivolidad, la decadencia y el afeminamiento. A ver, yo he estado suponiendo que la violencia es siempre algo malo menos cuando evita una violencia mayor, pero esos hombres tienen razón en que esto es un juicio de valor, y en que ningún razonamiento lógico favorece intrínsecamente la paz respecto al honor y la gloria. Sin embargo, creo que las víctimas potenciales de toda esta virilidad merecen tener voz en esta discusión, y quizá no estén de acuerdo en que su vida y sus miembros sean un precio justo a cambio de la glorificación de las virtudes masculinas.

La feminización es un acontecimiento pacificador por otra razón. Los acuerdos sociales y sexuales que favorecen los intereses de las mujeres suelen drenar los pantanos donde prolifera la competencia violenta entre hombres. Uno de estos acuerdos es el matrimonio, en el que los hombres se comprometen a invertir en los hijos que engendran más que a competir entre sí por oportunidades sexuales. Al casarse, disminuye su testosterona, amén de sus probabilidades de vida criminal; ya vimos que en

Estados Unidos los índices de homicidio bajaron en picado en las décadas de 1940 y 1950 —décadas de felices matrimonios—, aumentaron en las de 1960 y 1970 —décadas de matrimonios más tardíos—, y permanecieron altos en las comunidades afroamericanas con cifras de matrimonios especialmente bajas.

Otro desecador de pantanos es la igualdad en cuanto a los números. Los medios sociales típicamente masculinos, como el mundo de los *cowboys* o los campamentos mineros de la frontera americana, son casi siempre violentos. El Oeste era salvaje porque quienes fueron allí eran hombres jóvenes, mientras que las mujeres jóvenes permanecían en el Este. De todos modos, las sociedades pueden llegar a tener un exceso de hombres por una razón más siniestra, a saber, que sus homólogos femeninas no pasan de feto abortado o sufren la muerte al nacer. En un artículo titulado “Un excedente de hombres, un déficit de paz”, las científicas políticas Valerie Hudson y Andrea den Boer revelaron que, en China, el asesinato tradicional de niñas recién nacidas lleva tiempo traducándose en un gran número de hombres solteros. Son siempre hombres pobres, pues los ricos atraen a las escasas mujeres. Estas “ramas desnudas”, como se llaman en China, se congregan en bandas de vagabundos que se pelean y se baten en duelo y roban y aterrorizan a poblaciones estables. Incluso pueden convertirse en ejércitos que amenazan a gobiernos locales o nacionales. Un líder puede arremeter contra las bandas mediante represión violenta, o intentar cooptarlas, lo que por lo general requiere una filosofía gobernante machista que se avenga a las costumbres de los otros. O mejor aún, puede exportar su energía destructiva mandándolos a otros territorios como trabajadores emigrantes, colonos o soldados. Cuando los dirigentes de países rivales intentan deshacerse de su exceso de hombres, el resultado quizá sea una agotadora guerra de desgaste. Como dicen Hudson y Den Boer: “En un conflicto así, cada sociedad tiene muchas ramas des-

nudas de sobra [...], y a los respectivos gobiernos quizá les guste prescindir de ellas”.

El ginecidio tradicional, al que se sumó en la década de 1980 la industria del aborto femenino, inyectó un bolo de exceso de hombres en las estructuras demográficas de Afganistán, Bangladesh, China, Pakistán y ciertas partes de la India. Estos excedentes de hombres no auguran nada bueno para las perspectivas inmediatas de paz y democracia en esas regiones. A más largo plazo, la proporción de sexos quizá se vea reequilibrada gracias a la preocupación feminista y humanitaria por el derecho de los fetos femeninos a nacer y a que, por fin, los líderes políticos aborden la aritmética demográfica e incrementen los incentivos para criar y educar a las niñas, lo que desembocaría en sociedades menos violentas. Pero hasta que nazcan y crezcan las primeras cohortes al 50%, puede que estas sociedades deban recorrer un camino lleno de baches.

El respeto de una sociedad por los intereses de las mujeres tiene otra conexión con su índice de violencia. La violencia es un problema no sólo de demasiados hombres sino de demasiados hombres jóvenes. Al menos dos estudios importantes han sugerido que los países con una mayor proporción de hombres jóvenes tienen más probabilidades de participar en guerras interestatales y civiles. Una pirámide de población con una base gruesa de varones jóvenes es peligrosa no sólo porque a los jóvenes les gusta liarla, y en las sociedades con esos cimientos los conflictos serán más numerosos, sino también porque seguramente estos hombres jóvenes se verán privados de estatus y parejas. Las anquilosadas economías de muchos países en desarrollo no tienen la capacidad de dar trabajo a una población juvenil en aumento, por lo que muchos hombres están parados o subempleados. Y si la sociedad tiene cierto grado de poliginia oficial o de facto, con muchas mujeres jóvenes usurpadas por hombres más ricos y viejos, el exceso de personas jóvenes marginadas se convertirá en un exceso de

hombres jóvenes marginados. Estos hombres no tienen nada que perder, y acaso encuentren trabajo y sentido en milicias; bandas de señores de la guerra o células terroristas.

El título *Sex and War* suena al mejor cebo para los hombres, pero este reciente libro es un manifiesto a favor de un mayor poder para las mujeres. El biólogo experto en reproducción Malcolm Potts, junto con la científica política Martha Campbell y el periodista Thomas Hayden, ha acumulado pruebas de que, cuando se da a las mujeres acceso a los anticonceptivos y libertad para casarse con quien quieran, tienen menos hijos que cuando los hombres de sus sociedades las obligan a ser fábricas de bebés. Y esto, a su vez, significa que las poblaciones de estos países no tendrán una franja tan gruesa de jóvenes en la parte inferior. (Contrariamente a una interpretación anterior, un país no tiene por qué llegar a ser rico antes de que baje su ritmo de crecimiento demográfico.) Según Potts y sus coautores, puede que conceder a las mujeres más control sobre su capacidad reproductora (el siempre disputado territorio en la batalla biológica de los sexos) sea el medio más eficaz para reducir la violencia en las áreas peligrosas del mundo actual. El problema es que esta cesión de poder a menudo debe producirse frente a la oposición de hombres tradicionales que quieren preservar su control sobre la reproducción femenina y de instituciones religiosas que están en contra de la anticoncepción y el aborto.

Así pues, diversas variedades de feminización —la atribución directa de poder político, el desinflamiento del honor viril, la promoción del matrimonio según las condiciones de la mujer, el derecho de las niñas a nacer y el control de las mujeres sobre su propia reproducción— han sido agentes de la disminución de la violencia. Las partes del mundo que van rezagadas en esta marcha histórica son las mismas que van rezagadas en el descenso de la violencia. Sin embargo, diversos datos de sondeos mun-

diales revelan que, incluso en los países más ignorantes, existe una considerable demanda contenida de poder para las mujeres, y muchas organizaciones internacionales se han comprometido a acelerar este proceso. Son señales esperanzadoras a largo plazo —aunque no a corto— para que se produzcan más reducciones en los conflictos violentos en el mundo.

EL CÍRCULO EXPANSIVO

Las dos últimas fuerzas pacificadoras mezclan las compensaciones psicológicas de la violencia. La primera es la expansión del círculo de solidaridad. Supongamos que vivir en una sociedad más cosmopolita —que nos pone en contacto con una muestra diversa de otras personas y nos invita a asumir sus puntos de vista— cambia nuestra respuesta emocional a su bienestar. Imaginemos que llevamos este cambio a su conclusión lógica: nuestro bienestar y el suyo han acabado estando tan entremezclados que amamos literalmente a nuestros enemigos y compartimos su dolor. Las compensaciones de nuestro adversario potencial simplemente se sumarían a las nuestras (y viceversa), y el pacifismo llegaría a ser abrumadoramente preferible a la agresividad.

Desde luego, una fusión perfecta de los intereses de todos los seres humanos es un nirvana inalcanzable. No obstante, incrementos más pequeños en la valoración de los intereses de otras personas —pongamos, cierta susceptibilidad a sentimientos de culpa al pensar en la esclavitud, la tortura o la aniquilación de los demás— pueden reducir la probabilidad de agredirlos.

En esta cadena causal hemos visto pruebas de ambos eslabones: acontecimientos exógenos que ampliaron oportunidades para la adopción de perspectivas, y una respuesta psicológica que convierte la adopción de perspectivas en solidaridad. Desde el siglo XVII, diversos avances tecnológicos en la publicación y el transporte crearon una República de las Letras y una revolución de

la lectura, en las que arraigaron las semillas de la revolución humanitaria. Había más personas que leían libros, incluyendo obras de ficción, que favorecían que las personas habitasen la mente de otras personas, o la sátira, que les hacía poner en entredicho las normas de su sociedad. Diversas descripciones gráficas del sufrimiento provocado por la esclavitud, los castigos sádicos, la guerra y la crueldad con los niños y los animales antecedieron a las reformas que prohibieron o redujeron esas prácticas. Aunque la cronología no demuestra la causalidad, los estudios de laboratorio según los cuales escuchar o leer un relato en primera persona puede incrementar la solidaridad con el narrador al menos la hacen verosímil.

La alfabetización, la urbanización, la movilidad y el acceso a los medios de comunicación siguieron aumentando en los siglos XIX y XX, y en la segunda mitad del siglo XX empezó a emerger una aldea global que permitió a los individuos ser aún más conscientes de “otros” distintos a ellos. Igual que la República de las Letras y la revolución de la lectura ayudaron a que prendiera la revolución humanitaria del siglo XVIII, la aldea global y la revolución electrónica acaso hayan ayudado a hacer avanzar la larga paz, la nueva paz y las revoluciones por los derechos del siglo XX. Aunque no podemos

Las lamentaciones por la pérdida del Edén tienen una larga historia en la vida intelectual. Pero desde la década de 1970, cuando la nostalgia romántica llegó a ser una sensación general, muchos estadísticos e informadores han reunido hechos y pruebas en su contra. Estas defensas de la modernidad cuentan los padecimientos de la vida cotidiana antes de la llegada de la prosperidad y la tecnología.

demostrar que la cobertura de los medios de comunicación aceleró el movimiento de los derechos civiles, el sentimiento antibélico y la caída del comunismo, los estudios sobre perspectiva-solidaridad son sugerentes en este sentido; además, ya vimos varios vínculos estadísticos entre la mezcla cosmopolita de pueblos y el respaldo a valores humanistas.

LA ESCALERA MECÁNICA DE LA RAZÓN

El círculo expansivo y la escalera mecánica de la razón están accionados por algunas de las mismas causas exógenas, en especial la alfabetización, el cosmopolitismo y la educación. Y es posible describir su efecto pacificador mediante la misma fusión de intereses del dilema del pacifista. No obstante, el círculo expansivo (en la acepción que he estado utilizando) y la escalera mecánica de la razón son conceptualmente distintos. El primero conlleva situarse en el punto de observación de otra persona e imaginar sus emociones como si fueran propias. La segunda supone ascender a un punto de observación olímpico, suprarracional —la perspectiva de la eternidad, la visión desde ninguna parte—, y considerar equivalentes los intereses de uno y los del otro.

La escalera mecánica de la razón tiene una fuente exógena adicional: la naturaleza de la realidad, con sus relaciones lógicas y sus hechos empíricos, que son independientes de la estructura psicológica de los pensadores que intentan captarlos. Como los seres humanos han perfeccionado las instituciones del conocimiento y la razón y eliminado supersticiones e incoherencias de sus sistemas de creencias, tarde o temprano se sacan algunas conclusiones, igual que, cuando uno domina las leyes de la aritmética, al final seguro que salen sumas y productos. Y en muchos casos las conclusiones son las que empujaron a la gente a cometer menos actos de violencia.

Hemos visto las beneficiosas consecuencias de aplicar la razón a algunos asuntos humanos. En varios momentos de la

historia, diversas matanzas supersticiosas, como los sacrificios humanos, las cazas de brujas, los libelos de sangre, las inquisiciones y las limpiezas étnicas, decayeron a medida que los supuestos fácticos en los que se apoyaban se desmoronaban bajo el escrutinio de una población más sofisticada desde el punto de vista intelectual. Informes cuidadosamente razonados contra la esclavitud, el despotismo, la tortura, la persecución religiosa, la crueldad con los animales, la severidad con los niños, la violencia contra las mujeres, las guerras frívolas o la persecución de los homosexuales no eran sólo palabras vanas, sino mensajes que influyeron en las decisiones de las personas e instituciones que prestaron atención a las polémicas y pusieron en práctica las reformas.

Naturalmente, no siempre es fácil separar la empatía y la razón, el corazón y la cabeza. De todos modos, el limitado alcance de la empatía, y su afinidad con personas como nosotros y personas cercanas a nosotros, da a entender que la empatía necesita el impulso universalizador de la razón para originar cambios en políticas y normas que reduzcan realmente la violencia en el mundo. Estos cambios incluyen no sólo prohibiciones legales contra actos de violencia, sino también instituciones diseñadas para reducir sus tentaciones. Entre estos artilugios complejos contamos con el gobierno democrático, las salvaguardas kantianas contra la guerra, los movimientos de reconciliación en el mundo en desarrollo, los movimientos de resistencia no violentos, las operaciones internacionales de pacificación, las reformas de prevención del crimen y las ofensivas civilizadoras de la década de 1990, y diversas tácticas de contención, sanciones y compromiso cauteloso concebidas para procurar a los líderes nacionales más opciones aparte del juego del gallina que dio lugar a la Primera Guerra Mundial o el apaciguamiento que desembocó en la Segunda.

Un efecto más amplio de la escalera mecánica de la razón, bien que uno

con muchos compartimientos, vueltas atrás y resistencias, es el movimiento que se aleja del tribalismo, la autoridad y la pureza de los sistemas morales para acercarse al humanismo, el liberalismo clásico, la autonomía y los derechos humanos. Un sistema de valores humanista, que privilegia el florecimiento humano como bien fundamental, es un producto de la razón porque puede ser “justificado”; es posible que lo adopte de común acuerdo cualquier comunidad de pensadores que valoren sus propios intereses y estén implicados en la negociación razonada, mientras los valores comunitarios y autoritarios son provincianos y propios de una tribu o una jerarquía.

Cuando las corrientes cosmopolitas propician que diversas personas discutan, cuando la libertad de expresión permite a la discusión desarrollarse sin trabas, y cuando ponemos a contraluz los experimentos fallidos de la historia, las pruebas indican que los sistemas de valores evolucionan en la dirección del humanismo liberal. Vimos esto en el reciente declive de las ideologías totalitarias y los genocidios y guerras que desencadenaron, y también en la difusión de las revoluciones por los derechos, cuando el carácter inadmisiblemente de la opresión a las minorías raciales se generalizó a la opresión a las mujeres, los niños, los homosexuales y los animales. Lo vimos, asimismo, en el modo en que estas revoluciones a la larga barrieron a los conservadores que se opusieron al principio. La excepción a la regla son las sociedades cerradas, privadas de las ideas del resto del mundo y amordazadas por la represión gubernamental y clerical de la libertad de prensa; son también las sociedades que más porfiadamente se resisten al humanismo y que se aferran a sus ideologías tribales, autoritarias y religiosas. Pero tampoco estas sociedades serán capaces de soportar eternamente las corrientes liberalizadoras de la nueva “República electrónica de las Letras”.

La metáfora de la escalera, con su consecuencia de direccionalidad superpuesta

en la caminata aleatoria de la moda ideológica, acaso parezca *whiggish* (*whig*: enfoque de la historiografía según el cual el pasado es una progresión inevitable hacia más libertad y cultura), “presentista” e históricamente ingenua. No obstante, es una historia *whig* respaldada por los hechos. Hemos visto que muchas reformas liberalizadoras con origen en Europa occidental o en las costas americanas han sido emuladas, con cierto retraso, en las partes más conservadoras del mundo. Y hemos visto correlaciones, e incluso una o dos relaciones causales, entre una capacidad de razonar desarrollada y una mayor receptividad para la cooperación, la democracia, el liberalismo clásico y la no violencia.

REFLEXIONES

El descenso de la violencia tal vez sea el hecho más significativo y menos valorado de la historia de nuestra especie. Sus repercusiones alcanzan el núcleo de nuestros valores y creencias —pues es esencial saber si la condición humana, en el transcurso de la historia, ha ido mejorando, ha ido empeorando o no ha cambiado—. Tenemos un equilibrio precario en el que intervienen la pérdida de la inocencia, la autoridad moral de la jerarquía y las escrituras religiosas, la maldad o la benevolencia innatas de la naturaleza humana, las fuerzas que impulsan la historia, y la valoración moral de la naturaleza, la comunidad, la tradición, la emoción, la razón y la ciencia. Mi intento de documentar y explicar el descenso de la violencia ha llenado muchas páginas y éste no es el momento de llenar muchas más sobre el análisis de sus repercusiones. Pero terminaré con dos reflexiones sobre lo que podemos obtener del declive histórico de la violencia.

La primera concierne al modo en que hemos de contemplar la modernidad; esto es, como la transformación de la vida humana por la ciencia, la tecnología y la razón, con la consiguiente disminución de la fuerza de la costumbre, la fe, la comunidad,

la autoridad tradicional y el arraigo en la naturaleza.

La aversión a la modernidad es una de las grandes constantes de la crítica social contemporánea. Al margen de si la nostalgia es por la intimidad de un pueblo pequeño, la sostenibilidad ecológica, la solidaridad comunitaria, los valores familiares, la fe religiosa, el comunismo primitivo o la armonía con los ritmos de la naturaleza, todos desean dar marcha atrás al reloj. La tecnología, dicen, sólo nos ha traído alienación, expolio, patología social, pérdida de sentido y una cultura consumista que está destruyendo el planeta para darnos McMansiones, monovolúmenes y telerrealidad.

Como ha puesto de manifiesto el historiador Arthur Herman en *La idea de decadencia en la historia occidental*, las lamentaciones por la pérdida del Edén tienen una larga historia en la vida intelectual. Pero desde la década de 1970, cuando la nostalgia romántica llegó a ser una sensación general, muchos estadísticos e informadores han reunido hechos y pruebas en su contra. Estas defensas de la modernidad cuentan los padecimientos de la vida cotidiana antes de la llegada de la prosperidad y la tecnología. Nuestros antepasados, nos recuerdan, estaban infestados de piojos y parásitos y vivían en chozas construidas con sus propias heces; la comida era insulsa, monótona e intermitente; la asistencia sanitaria consistía en la sierra del médico y las tenazas del dentista; ambos sexos trabajaban de sol a sol, tras lo cual se sumían en la oscuridad; el invierno equivalía a meses de hambre, aburrimiento y soledad lacerante en viviendas aisladas por la nieve.

De todos modos, nuestros antepasados recientes no solo se las arreglaban sin ciertas comodidades físicas rutinarias; hay que pensar también en cosas de la vida más elevadas y nobles, como el conocimiento, la belleza o la conexión humana. Hasta hace poco, la mayoría de las personas no se desplazaban más allá de unos kilómetros de su

lugar de nacimiento. No sabían nada de la inmensidad del cosmos, la prehistoria de la civilización, la genealogía de los seres vivos, el código genético, el mundo microscópico o los componentes de la materia y la vida. Eran inimaginables las grabaciones musicales, los libros asequibles, las noticias instantáneas, las reproducciones de las grandes obras de arte o los dramas filmados, menos aún dentro un chisme que cabe en el bolsillo de la camisa. Cuando los niños emigraban, sus padres quizá no volvían a verlos ni a oír sus voces, ni llegaban a conocer a sus nietos. Y luego están los regalos de la modernidad en forma de vida propiamente dicha: las décadas adicionales de existencia, las madres que viven para ver a sus recién nacidos, los niños que sobreviven a sus primeros años. Cuando paseo por los viejos cementerios de Nueva Inglaterra, siempre me sorprende el gran número de tumbas pequeñas y epitafios conmovedores. “Elvina María, murió el 12 de julio de 1845, a los 4 años y 9 meses de edad. Perdonad esta lágrima, un padre llora. Aquí duerme la florecita marchita.”

Pero pese a todas estas razones, que explican por qué ningún romántico se metería en una máquina del tiempo, la nostalgia siempre ha sido capaz de esgrimir una carta moral: la abundancia de la violencia moderna. Nuestros antepasados —dicen— no tenían que preocuparse de atracos, tiroteos en la escuela, atentados terroristas, holocaustos, guerras mundiales, campos de exterminio, napalm, gulags o aniquilación nuclear. Seguramente ningún Boeing 747, antibiótico o iPod compensa el sufrimiento que las sociedades modernas y sus tecnologías pueden causar.

Y aquí es donde una historia sin sentimentalismos y unos conocimientos estadísticos básicos pueden cambiar nuestra idea de la modernidad, pues ponen de manifiesto que la nostalgia de un pasado pacífico es la máxima vana ilusión. Sabemos que muchos pueblos indígenas, cuya vida aparece tan idealizada en los libros infantiles actuales,

tenían índices de muertes debidas a la guerra muy superiores a las de nuestras guerras mundiales. Las visiones románticas de la Europa medieval omiten los refinados instrumentos de tortura y se muestran ajenas al riesgo de asesinato —treinta veces mayor— en aquellos tiempos. Los siglos de los que algunas personas sienten nostalgia fueron épocas en las que se podía cortar la nariz a la esposa de un adúltero, colgar a un niño de 7 años por robar una enagua, cobrar a la familia del preso por aflojarle los grilletes, cortar en dos a una bruja o azotar a un marinero hasta hacerlo papilla. Los tópicos morales de nuestra época, como que la esclavitud, la guerra y la tortura son cosas terribles, habrían sido sensiblería empalagosa; y nuestra idea de los derechos humanos universales, algo incoherente e inconcebible. Los genocidios y los crímenes de guerra no figuraban en el registro histórico sólo porque a nadie le parecía por aquel entonces que fueran nada del otro mundo. Con la perspectiva de casi siete décadas transcurridas desde las guerras mundiales y los genocidios de la primera mitad del siglo xx, vemos que no eran presagios de algo peor ni tampoco una nueva normalidad a la que el mundo estuviera habituándose, sino una zona local de altas presiones desde la que se bajaría traqueteando. Y las ideologías subyacentes no eran elementos entretreídos en la modernidad sino atavismos que acabaron en el basurero de la historia.

Las fuerzas de la modernidad —razón, ciencia, humanismo y derechos individuales— no han empujado constantemente en la misma dirección, desde luego; tampoco conducirán nunca a una utopía ni pondrán fin a las fricciones y las penas intrínsecas a la condición del ser humano. En cualquier caso, a todos los beneficios que la modernidad nos ha brindado en cuanto a salud, experiencia y conocimiento, podemos añadir, sin lugar a dudas, su papel en la reducción de la violencia.

Para los escritores que han constatado la disminución de la violencia obrando

en tantas escalas de tiempo y magnitud, tal constatación encierra un aura de misterio. James Payne hablaba de la tentación de aludir a “una potencia superior en funcionamiento”, de un proceso que parece “casi mágico”. Robert Wright casi sucumbe a la tentación, preguntándose si el declive de la competición de suma cero es una “prueba de la divinidad”, la señal de un “significado transmitido por vía divina” o una historia “de autor cósmico”.

Puedo resistirme a la tentación sin dificultad, pero admito que la multiplicidad de datos en los que la violencia serpentea hacia abajo es un enigma sobre el que merece la pena reflexionar. ¿Adónde nos lleva la impresión de que la historia humana encierra una flecha? Tenemos derecho a preguntarnos dónde está esa flecha y quién la puso ahí. Y si el alineamiento de muchas fuerzas históricas en una dirección beneficiosa no supone un pintor de letreros divino, ¿podría esto reivindicar cierta noción de realismo moral, es decir, que las verdades morales están ahí para que las descubramos, igual que descubrimos las verdades de la ciencia y las matemáticas?

En mi opinión, el dilema del pacifista al menos aclara ese misterio y pone de manifiesto cómo la dirección no aleatoria de la historia está arraigada en un aspecto de la realidad que inspira nuestras concepciones de la moralidad y la finalidad. La especie nació en el seno del dilema porque nuestros intereses primordiales son característicos, porque nuestro vulnerable cuerpo nos convierte en presa fácil para la explotación y porque los incentivos para ser el explotador y no el explotado condenan a ambos bandos a un conflicto agotador. El pacifismo unilateral es una estrategia condenada al fracaso, y la paz compartida no está al alcance de todos. Estas desesperantes contingencias son inherentes a la estructura matemática de las compensaciones, y en este sentido están en la naturaleza de la realidad. No es de extrañar que los griegos antiguos culparan de las guerras a los caprichos de los dioses, o que los hebreos y los cristianos recurrieran a una deidad mora-

lista capaz de manipular las compensaciones en el otro mundo y, de ese modo, cambiar la estructura percibida de incentivos en este.

La naturaleza humana, tal como la ha dejado la evolución, no está preparada para el desafío de llevarnos a la felizmente pacífica casilla de la esquina superior izquierda de la matriz. Motivos como la codicia, el miedo, la dominación y la lujuria siguen empujándonos hacia la agresividad. Y aunque un recurso provisional importante, la amenaza de venganza del “ojo por ojo”, es capaz de suscitar cooperación si se repite el juego, en la práctica está mal calibrado por las tendencias interesadas y a menudo se traduce en ciclos de enfrentamientos más que en una disuasión estable.

De todos modos, la naturaleza humana también tiene rasgos para poder subir a la casilla pacífica, como la solidaridad y el autocontrol. Incluye canales de comunicación como el lenguaje, y está dotada de un sistema de razonamiento combinatorio abierto, sin desarrollo preestablecido. Cuando el sistema se perfecciona en el crisol del debate, y sus productos se acumulan mediante la alfabetización y otras formas de memoria cultural, puede crear maneras de cambiar la estructura de compensaciones y conseguir que la casilla pacífica sea cada vez más atractiva. Entre estas tácticas contamos con el recurso supranacional que nos conduce a un ámbito abstracto de la realidad: la intercambiabilidad de perspectivas, el carácter no especial de nuestros puntos de vista provincianos, que corroe el dilema combinando las compensaciones de los dos antagonistas.

Solo un sentido exagerado de nuestra propia importancia podía transformar el deseo de librarnos del dilema del pacifista en una gran finalidad del cosmos. Pero no parece que ese deseo saque provecho de contingencias del mundo que no sean físicas, por lo que es diferente del deseo que fue la madre de otros inventos, como el azúcar refinado o la calefacción central. La exasperante estructura del dilema del pacifista es

un rasgo abstracto de la realidad, igual que su solución más exhaustiva, la intercambiabilidad de perspectivas, que es el principio subyacente a la Regla de Oro y sus equivalentes, redescubierto en muchas tradiciones morales. Nuestros procesos cognitivos han estado forcejeando con estos aspectos de la realidad a lo largo de la historia, lo mismo que han hecho con las leyes de la lógica y la geometría.

Aunque nuestra huida de los enfrentamientos destructivos no es una finalidad cósmica, *sí* es una finalidad humana. Los defensores de la religión llevan tiempo afirmando que, a falta de edictos divinos, la moralidad no puede cimentarse fuera de nosotros mismos, y que los individuos persiguen sólo intereses egoístas, quizás influidos por el gusto y la moda, y están condenados a una vida de relativismo y nihilismo. Ahora somos capaces de valorar por qué esta argumentación es errónea. Una finalidad suficiente para cualquiera debería ser el descubrimiento de medios terrenales en los que los seres humanos puedan prosperar, incluyendo estrategias para superar la tragedia del atractivo intrínseco de la agresividad. Se trata de un objetivo más noble que el de sumarse al coro celestial, fundirse en un espíritu cósmico o reencarnarse en una forma de vida superior, pues, en vez de inculcar el objetivo en facciones arbitrarias mediante el carisma, la tradición o la fuerza, es posible justificarlo ante cualquier camarada. Y los datos que hemos visto en este libro revelan que es un objetivo en función del cual se pueden hacer progresos; progresos que son vacilantes e incompletos, pero inequívocos de todas maneras.

Una reflexión final. Al escribir mi libro he utilizado una voz analítica, y en ocasiones irreverente, porque creo que el tema ha inspirado demasiada piedad y no el sufi-

ciente entendimiento. No obstante, en ningún momento he perdido de vista la realidad subyacente a las cifras. Examinar la historia de la violencia equivale a quedarse repetidamente atónito por la crueldad y la inutilidad de todo, y a veces a verse superado por la ira, el asco y una tristeza inconmensurable. Sé que tras las gráficas hay un hombre joven que siente una punzada de dolor y ve que la vida se le escapa despacio, sabiendo que le han robado décadas de existencia. Hay una víctima de la tortura cuya conciencia ha sido sustituida por una agonía insostenible, lo que deja margen sólo para desear que se suspenda la propia conciencia. Hay una mujer que se ha enterado de que su esposo, su padre y sus hermanos yacen muertos en una zanja, y que pronto «caerá en manos de la violación ardiente y forzada». Ya sería bastante terrible que estas duras pruebas fueran experimentadas por una persona, diez o cien. Pero las víctimas no se cuentan por cientos, ni por miles, ni siquiera por millones, sino por cientos de millones —un orden de magnitud que hace tambalearse a la mente en su intento de comprender, con un horror creciente a medida que repara en cuánto sufrimiento ha infligido el mono desnudo a los de su misma especie.

No obstante, mientras este planeta ha ido dando vueltas conforme a una ley de la gravedad establecida, la especie ha encontrado medios para hacer bajar las cifras de la violencia y permitir que una proporción cada vez mayor de la humanidad viva en paz y muera por causas naturales. Pese a todas las tribulaciones de la vida, pese a todos los problemas que sigue habiendo en el mundo, la disminución de la violencia es un logro que podemos saborear, así como un impulso para valorar las fuerzas de la civilización y la tolerancia que la hicieron posible. *